

Volumen 2

N° 9

1979

LA ESTRUCTURA SOCIAL
EN LA BIOGRAFIA PERSONAL

Jorge Balán
Elizabeth Jelin

estudios cedes

INDICE

	<i>Pág.</i>
LA ESTRUCTURA SOCIAL EN LA BIOGRAFIA PERSONAL	5
• El tiempo biográfico y el tiempo histórico	8
• La biografía individual y el ciclo familiar	11
• Historia de vida y estructuraciones del ciclo vital	17
• Referencias bibliográficas	23

LA ESTRUCTURA SOCIAL EN LA BIOGRAFIA PERSONAL *

Jorge Balán y Elizabeth Jelín

Las historias de vida han tenido una vida azarosa en la historia de las ciencias sociales. Durante la década del cincuenta y comienzos de los años sesenta, daba la impresión que la historia de vida como técnica, con la sana excepción de su uso en psicología clínica, estaba muerta. La técnica se hallaba entonces demasiado asociada con la imprecisión, con la subjetividad y hasta con cierto romanticismo de una ciencia social perteneciente a un pasado aparentemente remoto y superado. En esos años era identificada con dos corrientes. Por una parte, con la antropología europea y norteamericana que trataba de registrar con lujo de detalles la forma de vida de grupos o sociedades a punto de ser ahogados por el impacto colonial —siendo al mismo tiempo bastante poco sensible a los resultados de tal impacto, visibles en la propia actividad antropológica. Era una antropología más interesada en el documento que en la construcción teórica. Por otra parte, la técnica en sociología se asociaba con la época de oro de la escuela de Chicago, donde se la usó, desde Thomas y Znaniecki en adelante, para registrar los detalles de las vidas y percepciones de ex campesinos polacos (Thomas y Znaniecki, 1918), delinquentes juveniles (Shaw, 1960) y otros participantes en el proceso de industrialización y urbanización en los Estados Unidos.

A partir de aquel pasado casi remoto, los sociólogos se habían vultado masivamente a usar técnicas de recolección de datos aparentemente más sofisticadas y habían adquirido una preocupación casi

* Estas ediciones surgen de trabajos de investigación actualmente en curso en el CEDES, patrocinados por el Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PESPAL) y el International Development Research Centre (IDRC, Canadá).

obsesiva con problemas de confiabilidad de la información y representatividad de las muestras, que los inhabilitaba a basar alguna conclusión significativa en una técnica tan rudimentaria como la historia de vida. Los antropólogos, más inclinados que antes a la construcción teórica, no encontraban tanta utilidad en descripciones basadas en técnicas exploratorias o de uso documental, aunque seguían recogiendo historias de vida como parte de investigaciones globales en comunidades primitivas.

En realidad las historias de vida no fueron "inventadas" por sociólogos y antropólogos en las primeras décadas de este siglo, sino que, como señala acertadamente Marsal (1969) los historiadores usan documentos personales y autobiografías desde hace muchos siglos. Sin embargo, las diferencias entre el uso tradicional en historia y el uso contemporáneo en ciencias sociales son evidentes; típicamente el historiador no producía su material sino que lo encontraba hecho, a menudo "prefabricado" por los actores de la historia como documento-justificación de sus acciones. Además, se trataba normalmente de las vidas de personas cuyas decisiones fueron cruciales, y no de "gente común". Quizás resulte irónico que en el reciente descubrimiento de la técnica, los antropólogos y sociólogos se encuentren en compañía de historiadores que, renovando su arsenal de técnicas de investigación, están recurriendo a historias orales para comprender la historia reciente y registrar información sobre el presente para uso de historiadores futuros (Wilkie, 1973). Pero no sólo en tales historias orales demuestran los historiadores este nuevo interés, sino también en las historias de "gente común" que permiten una mejor comprensión de una sociedad o un período histórico.

El renacimiento del uso de las historias de vida es, en parte, responsabilidad de Oscar Lewis, quien la popularizó en su *Antropología de la pobreza* y sobre todo en *Los hijos de Sánchez* y *Pedro Martínez* (Lewis, 1959, 1961 y 1964, respectivamente). Aunque los antropólogos han liderado el movimiento renacentista, sociólogos y psicólogos sociales también han contribuido en formas variadas, a veces modificando sustancialmente la forma y los objetivos perseguidos.

La causa subyacente al renovado interés por las historias de vida es una revaloración de algunos objetos teóricos y objetivos prácticos, revaloración que es parte de un cambio significativo en las ciencias sociales contemporáneas. A veces se afirma que la ciencia social occidental, y en especial en Estados Unidos, se ha desarrollado después de la segunda guerra mundial en forma unilatera hacia la adopción de las ciencias naturales como modelo, hacia la cuantificación

y formalización matemática, y hacia la formulación teórica en lenguajes esotéricos que frecuentemente la diferencian del lenguaje accesible al público culto en general. El uso creciente de las computadoras y aplicaciones del lenguaje matemático, o la proliferación de artículos científicos modelados según los patrones de las revistas de física, son indicadores de tal tendencia. Al mismo tiempo, sin embargo, en la década del sesenta y como continuación de tendencias ya visibles anteriormente, ocurrió el renacimiento de lo que, a falta de mejor término, podríamos llamar una ciencia social humanística. Es decir, se dio una cosa y paralelamente (o entrecruzadamente) la otra.

Durante las dos últimas décadas la ciencia social redescubre el interés por los procesos sociales básicos de la interacción cotidiana, retoma la tradición macrohistórico-comparativa marxista y weberiana, se reubica y adquiere mayor conciencia que nunca sobre su propia inserción en la sociedad, y se dirige a ésta no sólo como objeto de estudio sino como receptor básico de sus mensajes; es una ciencia social renovada, aún cuando conviva en forma más o menos incómoda con las tendencias formalizadoras-cuantificadoras-experimentales existentes contemporáneamente. Sin duda, dista mucho de ser el mundo de la década de 1950 que describían y criticaban desde puntos de vista divergentes Sorokin (1956), C. Wright Mills (1959), Gurwitsch (1959) o Goldman (1952).

Estos cambios en la ciencia social contemporánea incidieron en las preferencias por objetos teóricos y objetivos prácticos, haciendo posible usos nuevos de las historias de vida. Por una parte, se puede hablar de una revaloración de los mensajes y usos de la ciencia social. Al respecto, la historia de vida ofrece un atractivo nuevo por su aspecto documental, aunque sin duda con objetivos y motivaciones diferentes de los que se dieron en la antropología y sociología de hace cinco décadas. Producir documentos se transformó en una tarea legítima y multifacética, como protesta, registro para el futuro o ilustración de una teoría más o menos árida. El documento puede dirigirse al público general no académico, al basarse en la apreciación de que en cualquier sociedad ciertos elementos de la misma son más claramente perceptibles y comunicables si se estudian las vidas de hombres y mujeres comunes, sus acciones y reacciones frente a estímulos cotidianos. Puede también pertenecer al discurso más teórico, en el que sirve de ejemplo o descripción más o menos sistemáticos. El usuario potencial puede ser no sólo alguien en el presente sino también en el futuro, como es el caso de las historias orales. Finalmente, cualquiera que sea el público al que está dirigida, puede tratarse de uno o pocos casos narrados en forma vívida, o una cons-

trucción basada en muestras estadísticas de la población entrevistada en censos de las que forman parte cédulas de historia de vida (Balán, Browning, Jelin, 1973).

En realidad, desde un punto de vista, de la medición de los fenómenos sociales, la renovación en el uso de historias de vida implica no sólo aventurarse nuevamente en los significados de la acción para los individuos y por lo tanto adoptar una postura crítica frente al dato "objetivado" del análisis cuantitativo. También ella permite introducir una crítica a la misma medición de este dato, que generalmente tiene márgenes de error mucho más amplios de lo que suponen las técnicas cuantitativas utilizadas para su análisis, revelando los "hechos" omitidos o malvecados por las técnicas usuales de censos y cuestionarios al recoger información biográfica sobre cambios de residencia, ocupación, composición familiar, etc.

Aquí nos interesa la historia de vida desde un punto de vista teórico. Su atractivo reside en la utilidad que tiene para captar información relevante para desentrañar la relación entre tiempo biográfico y el tiempo histórico social (Jelin, 1978). En este trabajo, nos interesa plantear la problemática de las historias de vida ligada a tres áreas. En primer lugar, discutiremos la preocupación por la intersección entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico, entre el ciclo de vida individual y las transformaciones sociales en que esa biografía se desarrolla. Pero la vinculación entre las grandes transformaciones sociales y las historias personales no son directas, existiendo estructuras y mecanismos sociales intermediarios. En esta dirección, discutiremos en segundo lugar la vinculación entre la historia individual y el contexto familiar, ya que en él se desarrollan las relaciones sociales más significativas para la vida individual. Finalmente, plantearemos usos diversos de la historia de vida en el análisis del ciclo vital y su estructuración social.

EL TIEMPO BIOGRAFICO Y EL TIEMPO HISTORICO

¿Qué puede decir el análisis de casos individuales, de secuencias de cambios en la vida de personas, sobre procesos históricos en la sociedad? ¿Cómo relacionar el nivel individual con el proceso de cambio macrosocial en el que estamos interesados? ¿Cómo combinar el tiempo histórico del desarrollo de una sociedad con el tiempo biográfico del ciclo vital de las personas que, si bien en el plano individual se adaptan a las tendencias históricas en curso, también, en su vida social, "hacen la historia"? En el estudio de la psicología

individual, es posible anclar el caso individual en el marco histórico del período en que la persona vive, estudiando el contexto sociocultural que da a la persona el conjunto de capacidades para su desarrollo individual. Es sobre este marco que el ciclo vital individual se va desdoblando y desarrollando. En palabras de Erikson (1962, p. 20).

"No podemos ni siquiera comenzar a abarcar y comprender el ciclo vital humano sin aprender a incluir el hecho de que el ser humano que estamos observando ha ido creciendo en un mundo social; este mundo social, al mismo tiempo para bien y para mal, le ha ido preparando paso a paso una realidad externa a ese ser humano, realidad constituida por tradiciones e instituciones humanas que utilizan y de ese modo estipulan el desarrollo de sus capacidades, que atraen y modulan sus impulsos, que responden y defmitan sus miedos y fantasías, que le asignan una posición en la vida adecuada a sus poderes psicosociales. No podemos comenzar a comprender a un ser humano sin indicar, para cada estadio de su ciclo vital, el marco de influencias sociales y de instituciones tradicionales que determinan su perspectiva de su pasado infantil y de su futuro adulto".

Esta concepción de la psicología constituye un paso importante en el anclaje del ciclo de vida individual. Pero excepto en el caso de los héroes --y el trabajo de Erikson sobre Lutero es un ejemplo-- el papel de la historia es unidireccional. Da el marco para el desarrollo individual, pero su curso no es alterado por ese desarrollo. Para el sociólogo, la relación entre biografía e historia es más compleja. El sociólogo no se interesa por la biografía individual o el caso en sí, por más importante que éste sea, y ahí se plantean las dificultades de la agregación de datos individuales y/o las dificultades de interpretación del caso singular. Por otro lado, las etapas del ciclo vital no pueden ser asumidas como universales o constantes, sino que ellas mismas están definidas socialmente y sujetas a cambios a lo largo de la historia, constituyendo así un objeto de estudio en sí mismo. Más aún, cambios en las etapas del ciclo de vida pueden llegar a constituir fuentes de transformaciones en los patrones de relaciones sociales e institucionales. En consecuencia, la exploración de la relación entre cambio histórico y biografía se vuelve compleja, incluyendo líneas de determinación en diversas direcciones.

En el plano de las transiciones socio-demográficas, las historias de vida completas y la combinación de análisis de cohortes y del

ciclo de vida parecerían ser una manera adecuada para establecer relaciones sistemáticas entre biografía e historia, en la medida en que implican el manejo cuidadoso y explícito de la dimensión temporal. La utilidad y limitaciones del análisis por cohortes ya han sido señaladas en la literatura (Ryder, 1935). Lo importante aquí es destacar que el análisis por cohortes no sustituye al análisis de los contextos sociales —clase, familia, grupo étnico, etc.— en que se desarrollan las biografías individuales. Más bien, suplementan o encuadran esos análisis. Dicho en otras palabras, abogar por un análisis de cohortes no implica suponer la homogeneidad social de la cohorte, sino que encuadra las experiencias históricas vividas en las etapas específicas del ciclo de vida, permitiendo detectar con más nitidez los efectos de los diversos contextos sociales en que se dan esas experiencias. Por ejemplo, los estudios longitudinales de Elder sobre los efectos de haber pasado la depresión económica norteamericana en la década del treinta en momentos específicos del ciclo de vida distinguen con claridad la heterogeneidad del tipo de experiencia vivida al interior de la cohorte —en este caso, haber sentido un descenso importante en el bienestar familiar o no haberlo experimentado (Elder, 1974; Elder y Rockwell, 1978). Al desagregar las dimensiones involucradas, los autores señalan que

"El estudio de influencias históricas sobre la biografía implica investigación que identifique sus implicaciones evolutivas. Hay tres implicaciones relevantes de este tipo . . . La primera se centra en la etapa de la vida en que se da el cambio histórico; las cohortes sucesivas se enfrentan con ciertos sucesos en etapas diferentes de su ciclo vital, lo que implica variaciones en el potencial adaptativo y en las opciones que se presentan, en los resultados vitales y en los procesos por los cuales se llega a ellos. En segundo lugar, la experiencia histórica no es uniforme entre los miembros de una cohorte de edad; el cambio social actúa en forma diferencial entre cohortes y dentro de ellas. No todos los miembros de . . . la cohorte sufrieron privaciones por un descenso abrupto en los ingresos. Tercero, cualquier esfuerzo por vincular un suceso histórico, como las dificultades de la depresión, con resultados subsecuentes, implica investigar al ciclo vital como intermediario en dicha relación. El conocimiento sobre este último da indicaciones valiosas sobre los efectos psicosociales más duraderos de los sucesos históricos (Elder y Rockwell, 1978, p. 10).

La riqueza analítica de este enfoque, basado en combinar el análisis de cohortes con el del ciclo de vida para la detección de cambios históricos significativos, puede verse en los trabajos de investigación que, no disponiendo de información longitudinal adecuada para el análisis del ciclo de vida, lo reconstruyen sintéticamente. En esos casos, se adopta la lógica del análisis, reemplazando datos inexistentes con inferencias basadas en cortes transversales en el tiempo. Los trabajos de Harveen y su grupo son un ejemplo cabal de la fecundidad de este abordaje (Harveen, 1977 y 1978).

En un plano más cualitativo, la colección de historias de vida puede decir mucho sobre el funcionamiento cotidiano de una sociedad dada, sobre los patrones de cambio a lo largo del tiempo, sobre los procesos de transformación social "en vivo". Sin embargo, la inferencia puntual, directa y no mediada entre el agregado de historias individuales y el nivel macrosocial es imposible, requiriendo una elaboración teórica y metodológica considerable³.

LA BIOGRAFÍA INDIVIDUAL Y EL CICLO FAMILIAR

El ciclo de vida como dimensión organizadora del tiempo biográfico implica privilegiar acontecimientos que constituyen transiciones importantes en la vida del individuo. Estas transiciones pautadas o regulares en sociedades y culturas, que en el mundo urbano moderno incluyen la escolaridad, el ingreso al mundo del trabajo, el abandono del hogar familiar y la formación de un hogar independiente, el casamiento, el nacimiento de los hijos, el retiro de la fuerza de trabajo, definen las posiciones de las personas y las prácticas sociales correspondientes. Estas transiciones no pueden ser consideradas como acoun-

³ Bertaux y Bertaux (1977) plantean la diferenciación entre una historicidad lineal y una historicidad cíclica. La primera es la historia del poder —sea de los poderosos o de la lucha por obtenerlo— en la cual el poder se desarrolla y ejerce a lo largo del tiempo. La segunda es la historicidad de la vida cotidiana, con los diversos ciclos repetitivos que la componen —el día, la semana, las estaciones, el año, la vida, las generaciones. En esta historia no hay lucha por el poder o el progreso, sino la repetición de la cotidianidad en que los acontecimientos se suceden, sin sujeto activo. Esta es una perspectiva diferente a la expuesta aquí, que basa la definición del tiempo en las representaciones que tienen los actores mismos, más que en la temporalidad macrosocial y microindividual, que es el tema de este trabajo. La inclusión de las definiciones sociales y significados de la historicidad para diversos grupos sociales sin duda enriquecería la comprensión de esta temática.

cimientos individuales, ya que se dan dentro del conjunto de relaciones sociales del individuo y constituyen cambios en esos sistemas de relaciones sociales. Algunas de las transiciones cruciales en el ciclo de vida individual están directamente ligadas a las relaciones sociales en la familia y afectan la ubicación y definición social de la persona en tanto miembro individualizable y diferenciado de la misma. Las transiciones más comunes —dejar el hogar paterno y constituir uno independiente, casarse o tener hijos— hacen a la misma definición de la constitución de la familia. Otras transiciones, aunque aparentemente no vinculadas al ámbito familiar, como comenzar a trabajar, afectan tan directamente la posición del individuo en la familia que difícilmente pueden ser comprendidas aisladamente del contexto familiar. En tanto institución a cargo de las tareas ligadas al mantenimiento y reproducción de la población —organización básica de la vida cotidiana— la familia constituye el marco indispensable para el análisis de las transiciones en el ciclo de vida de las personas².

Esta vinculación entre el ciclo de vida individual y el contexto familiar plantea el problema teórico y metodológico de la articulación entre el individuo y la familia. Existe una tradición sociológica y económica bastante establecida que busca una solución a estos problemas privilegiando en el análisis a la unidad colectiva, a la institución familiar. En ese caso, desde la perspectiva dinámica del desarrollo a lo largo del tiempo, se analizan las etapas principales del ciclo doméstico o familiar, y los procesos sociales de constitución y cambio de las unidades familiares (Glick, 1947 y 1977; Hill, 1984). Sin duda, esta es una perspectiva útil, en la medida en que la normatividad social del ciclo familiar está ligada a procesos económicos, sociales y políticos centrales a la organización y el cambio sociales. Al pasar del plano de la normatividad social al análisis de prácticas sociales concretas, sin embargo, las dificultades con este enfoque unificador de la familia aparecen con nitidez, ya que en ese plano se manifiestan prácticas diferenciales y contradictorias entre diversos miembros, tanto dentro del ámbito familiar como fuera de él. Aunque lógicamente esto no sea necesario, el enfoque del ciclo fa-

² La noción de familia utilizada hasta aquí es relativamente antigua, incluyendo tanto la unidad doméstica o residencial como contexto de las actividades cotidianas de mantenimiento de la población como el marco familiar de la reproducción generacional. La necesidad de distinguir ambos conceptos, que se retomará más abajo, está planteada con nitidez en Rapp, *et. al.*, 1979, y en Burch *et. al.*, 1976.

mlinar subsume al individuo en la familia y la convierte en una unidad colectiva de decisión y acción, en la cual los intereses individuales y las significaciones diferenciales de las decisiones pasan a segundo plano, destacándose la integración y la armonía del conjunto.²

Más aún, en ese enfoque la familia es vista como una unidad con límites relativamente nítidos, con una membresía empíricamente detectable y estable en cada una de las etapas. De hecho, las etapas del ciclo familiar se definen por la entrada y/o salida de categorías de miembros (hijos que nacen, hijos que se casan, viudas de uno de los padres, etc.). Sin embargo, como señala Hareven (1978, pp. 5-6),

"A medida que los individuos avanzan en su ciclo de vida dentro de unidades familiares, se agrupan y reagrupan. Las funciones que asumen dentro de estos conjuntos cambian significativamente durante el ciclo vital. Además, la mayoría de la gente pertenece simultáneamente a distintos conjuntos y en cada uno tiene funciones diferentes. Una persona adulta casada, por ejemplo, pertenece tanto a su familia de origen como a la de procreación y ocupa una posición diferente con roles distintos en cada una; además, dicha persona también figura dentro de la familia de origen de su cónyuge y en la red de parentesco correspondiente".

Esta múltiple pertenencia a diversos grupos familiares muestra la dificultad de establecer límites o criterios de membresía en la familia, y/o la determinación de cuál de las familias a las que pertenece un individuo será tomada como referente para la caracterización de la etapa del ciclo familiar. En realidad, por detrás de este planteo de la múltiple pertenencia a grupos familiares está la distinción, bastante establecida en la literatura demográfica y antropológica entre unidad doméstica y grupo residencial, por un lado, y familia por el otro, a la cual volveremos enseguida.

La salida alternativa consiste en privilegiar las transiciones en el ciclo de vida individual, pero incluyendo como foco de análisis la relación entre dichas transiciones y el contexto familiar en que se realizan. La familia (o familias) aparecen entonces como grupo de referencia para las prácticas individuales, y cada individuo está

² Esto ocurre con mucha frecuencia en los análisis microeconómicos de comportamientos sociales, tales como la fertilidad, la participación femenina en la fuerza de trabajo, la utilización del tiempo de ocio, etc. Becker, 1976; Lloyd, 1975.

encuadrado de manera única y singular en una red de relaciones familiares, con los posibles conflictos y contradicciones entre las diversas relaciones sociales significativas para el individuo en cuestión. Dichas relaciones siguen ciertos patrones sociales, específicos de distintos grupos sociales que se transforman a lo largo del tiempo. En esta dirección, pueden observarse avances conceptuales y de investigación considerable, especialmente en los trabajos históricos que, partiendo de un interés por la historia de la familia, han estudiado diversos temas de la historia social en el contexto de las transiciones en el ciclo de vida (Aries, 1962; Hareven, 1978) mostrando también la interacción entre el contexto familiar y otras instituciones sociales (Hareven, 1977; Tilly y Scott, 1978).

En nuestra propia experiencia de investigación (Jelin, 1979) nos hemos planteado el objetivo de analizar la dinámica intra-doméstica ligada a la satisfacción de las necesidades cotidianas de mantenimiento y reproducción del grupo doméstico en sectores populares urbanos. Para esto, definimos una serie de áreas de consumo y nos preguntamos, para cada una de ellas, cuáles son las estrategias que se elaboran para satisfacerlas, así como cuál es, en distintos momentos del ciclo vital, el grupo social que elabora y diseña la estrategia correspondiente. Tomando como dados los parámetros macro-económicos, sociales y políticos globales, interesa detectar la manera en que estas determinaciones se traducen, transformadas y metabolizadas, en el nivel de vida concreto de las personas. Para esto partimos de la unidad doméstica, en tanto es el grupo social donde se establecen las estrategias básicas de consumo del grupo residencial.

En este punto, conviene aclarar que hablamos de unidad doméstica y no de familia, ya que estos dos conceptos aluden a tipos de vínculos sociales no necesariamente coincidentes en la realidad, aunque puedan serlo normativamente (Rupp, 1979). La composición del grupo residencial en cualquier momento dado es el resultado de diversos procesos a lo largo del tiempo, entre los cuales cabe mencionar, por un lado, la historia de los lazos de parentesco, incluyendo matrimonios y separaciones, las vicisitudes de procesos migratorios y accidentes o decisiones en coyunturas específicas (crisis de salud, muertes, etc.) que dejan rastros duraderos. Por el otro lado, importan también los cambios en la oferta de vivienda para los sectores sociales considerados, y la manera en que los grupos residenciales y las redes de relaciones de parentesco enfrentaron dicho mercado en diversas momentos. De este modo, si bien es de esperar que la gran mayoría de los grupos residenciales estén compuestos por personas que tienen entre sí lazos de parentesco, la inclusión o exclusión de ciertos miem-

bro no está dictada de manera unívoca por la cercanía del lazo de parentesco.

La falta de coincidencia entre unidad residencial y núcleo de parentesco, a su vez, trae a la superficie otro problema importante, habitualmente olvidado en los análisis centrados en la unidad de residencia: los lazos de parentesco hacia afuera de la unidad son necesariamente diferentes para los diversos miembros de la unidad. Cada miembro de la unidad de residencia tiene una red de relaciones familiares, con el sistema de obligaciones mutuas, reciprocidades, derechos y deberes, relativamente independiente de las redes del resto de los miembros. La múltiple pertenencia a diversos grupos familiares implica a su vez que el grado de participación de cada miembro de una unidad de residencia en las actividades de dicha unidad puede ser significativamente diferente, dependiendo de las obligaciones y derechos que tiene en su red de relaciones familiares fuera de su unidad. Y esto, obviamente, varía según el estadio del ciclo vital de la persona en cuestión.

Más sistemáticamente, los diversos miembros de una unidad residencial contribuyen de manera diferencial a las tareas de mantenimiento cotidiano de los miembros. Tanto en términos de los recursos monetarios, incorporados a la unidad, como del tiempo personal dedicado a dichas tareas, existen patrones sociales relativamente establecidos para categorías de personas, según sexo, edad y etapa del ciclo vital. Al mismo tiempo, es necesario recalcar que las unidades domésticas no necesariamente concentran todas las actividades ligadas al mantenimiento de sus miembros. Para algunas áreas de consumo, especialmente las de mantenimiento cotidiano —comida, higiene, limpieza, etc.— el grupo doméstico parecería ser la unidad social básica. Pero otras, incluyendo la salud, la vivienda y el equipamiento doméstico, pueden llevarse a cabo en unidades más amplias (redes de parentesco, barrio o comunidad) o más pequeñas (individuos aislados) que la unidad doméstica misma. En las áreas ligadas con la reproducción generacional de la población, las relaciones familiares, coincidan o no con el grupo doméstico, constituyen las relaciones sociales fundamentales.

Metodológicamente este planteo implica un doble camino en el proceso de investigación: se parte de una definición provisoria del grupo doméstico, compuesto por las personas que habitualmente residen en una misma unidad de vivienda. A partir de la desagregación y análisis de las redes de relaciones y del patrón de actividades de cada uno de los miembros, se podrá explorar la utilidad analítica del concepto de unidad doméstica. Si los resultados de la investigación justifican la reconstrucción de los patrones sociales en ese nivel de

agregación, la unidad doméstica constituirá un concepto teórico, correspondiente a la estructura en que las redes de relaciones sociales de los diversos miembros convergen, cristalizadas en una organización social con vida propia. En esta tarea, el estudio longitudinal basado en historias de vida de los miembros constituye una herramienta fundamental para detectar el grado de estabilidad en la composición de las unidades domésticas, así como las regularidades y patrones de cambio a lo largo del ciclo vital.

En cuanto a la noción de estrategia, mencionada más arriba, se introduce en el análisis apuntando a la organización de las respuestas de diversas unidades sociales (individuos, grupos familiares, grupos domésticos, o aún unidades mayores como las clases sociales) frente a las estructuras de opciones determinadas por las redes de relaciones sociales en las que se encuentran, en condiciones históricas concretas. En nuestro caso la vinculación crucial es entre el individuo y su grupo doméstico y familiar, y la noción de estrategia importa en un doble sentido. En primer lugar, partimos de la hipótesis de que en el nivel de la unidad doméstica se establecen las estrategias básicas de consumo del grupo familiar o residencial. A su vez, este grupo constituye un componente central de las relaciones sociales a partir de las cuales se establece la estructura de opciones de los miembros individuales. Como contrapartida de este proceso, en el nivel de la unidad doméstica cristalizan las manifestaciones de dichas estrategias grupales e individuales⁴. Finalmente, es necesario destacar que las estrategias de diversas unidades sociales en respuesta a la estructura de relaciones sociales en que están inmersas están interconectadas. Como señala Przeworski, "decisiones sobre la distribución del trabajo dentro de la familia, sobre el modo de inserción en el mercado de trabajo, sobre el número de hijos y sobre la migración, pueden ser tomadas individualmente, pero se condicionan mutuamente" (Przeworski, 1977, p. 34)⁵.

Pensamos que este planteo permite superar el individualismo metodológico al que podría llevar el énfasis en la historia de vida y el ciclo de vida individual, sin al mismo tiempo caer en la reifi-

⁴ Este planteo se basa en el esbozo de análisis de Przeworski, 1977, de las diferencias entre un enfoque centrado en las "predisposiciones de conducta" y otro centrado en las "estrategias" en el análisis de la relación entre clases sociales y dinámica de la población.

⁵ La noción de estrategia familiar, en relación a la reproducción de la estructura de clases, ha sido objeto de diversos trabajos de Bourdieu y su colega M. de Saint Martin (1980) presenta un resumen y comentario bibliográfico de este enfoque.

cación de la unidad colectiva —familia o unidad doméstica— vista como un todo armónico y con metas claras. En este contexto, la recolección y análisis de historias de vida de los diversos miembros de la unidad doméstica permite en primer lugar, comprender el proceso de formación y transformación de esa unidad. El análisis de la participación, contribución y uso que hace cada uno de los miembros de la unidad doméstica da lugar a caracterizaciones de procesos y estadios en la historia de la misma. En segundo lugar, la inclusión de la dimensión temporal en la relación entre individuos y unidad doméstica permite comprender la posición actual y el sistema de obligaciones y derechos que vinculan a los diversos miembros entre sí. En otro plano, además, la historia de vida individual da sentido y significado a la experiencia cotidiana, a las prácticas habituales y a la red de relaciones sociales de cada uno. La biografía individual esmarcada en el ámbito familiar es, en este nivel, el referente principal utilizado por los propios actores para ubicar y comprender sus propias prácticas.

HISTORIA DE VIDA Y ESTRUCTURACIONES DEL CICLO VITAL

La historia de vida, como técnica de recolección de datos sobre sucesos, status y experiencias ordenados alrededor del ciclo vital de una persona, el ego de la historia, permite investigar principios organizadores diferentes que subyacen a los mismos, aunque rara vez el investigador es plenamente consciente de las opciones que se abren. En Monterrey, por ejemplo, nosotros escogimos no imponer, en forma predeterminada, un ordenamiento temporal de sucesos y status limitado a momentos aislados, sino por el contrario reconstruir secuencias incompletas; pero nos limitamos a investigar el orden deducible de información "objetiva". Es decir, elucidamos el problema del significado de los sucesos para el ego, en la medida en que pudimos hacerlo, y confiamos en reconstruir el orden típico para distintos estratos sin referencia *directa* a los elementos estructuradores de dicho orden. Estos elementos, en realidad, surgirían como resultado de la investigación: el análisis de los datos "objetivos", dentro de la matriz dada por las cohortes de nacimiento y la edad, estaba dirigido a contrastar probabilidades de vida (*life chances*) en diversas áreas (residencia, educación, ocupación, familia) y una matriz de correlaciones que ayudara a indicar qué estructuras sociales las habían generado. Aunque, sociólogos al fin, creíamos en éstas como causas de dichas probabilidades, ellas eran descubiertas como resultado del análisis por-

que no constituirían un dato de las historias de vida. Las relaciones sociales y su estructuración, que dejaban marcas en los ciclos vitales típicos de distintos estratos mediante probabilidades de ocupar cierto status o vivir sucesos determinados, no constituirían un dato de las historias de vida, al menos explícitamente.

¿Cómo podría ser diferente? Nuestra búsqueda de explicación causal se limitó al dato externo a las historias. Por una parte, la cohorte de nacimiento, y por la otra, la historia de la sociedad y la economía, o al menos lo que de ella lográbamos saber intentando reconstruir los contextos en que se insertaban las historias de nuestros encuestados: allí esperábamos encontrar los determinantes sociales del ciclo vital. La reforma agraria de los años 30, los efectos de la segunda guerra sobre la industrialización en México y la demanda de mano de obra en los Estados Unidos, la creciente distancia social entre campo y ciudad, etc., pasaban a constituirse en referentes que podían explicar probabilidades típicas en los ciclos vitales de determinadas cohortes. No hablamos previsto una forma de introducir estos cambios estructurales dentro de las historias de vida. Habíamos elegido un principio organizador de dichas historias "objetivas" e intentado lograr la colaboración de los encuestados para reconstruir sus biografías según ese principio.

Sin embargo, existían opciones, aunque sin duda difíciles de adoptar en una encuesta por muestreo. Estas opciones estaban dadas por la posibilidad de acceder a los condicionantes estructurales del ciclo vital por la vía de su significado para los actores. Evidentemente, aquí resulta crucial, aunque sea una tarea con tropiezos pre-
visibles, diferenciar entre dos formas de darse el ciclo vital a partir del informe del ego: aquella que, siguiendo la terminología de Bourdieu, pone el énfasis en la estructura dentro del ciclo, y la otra con un foco en el ciclo como elemento estructurante de la experiencia vital (Bourdieu, 1977).

En el primer caso el sujeto que nos relata su historia vital es tomado como informante antropológico; nos transmite el significado de sucesos, o de relaciones entre sucesos, para una subcultura de la cual es miembro (Langness, 1965). De él podemos aprender, por ejemplo, cuáles son las expectativas normativas de la relación entre escolaridad y participación en el mercado de trabajo, o entre acceso a la tierra y matrimonio, o entre paternidad y posición en la comunidad, en determinado grupo. Estas expectativas, a su vez, permitirán vincular la estructura social con la estructura de probabilidades de vida en el ciclo de una cohorte. En el segundo caso, el sujeto es invitado a estructurar un momento del ciclo, pasado, presente o futuro,

de él o de otras personas con quienes está en relación (cónyuge, padres, hijos, hermanos), como medio para entender el margen de opciones abiertas para la acción y el efecto de estas percepciones en la conducta presente o futura. El sujeto ya no es más un informante antropológico sino un actor, portador de estructuras pero constructor de su mundo. Estas reflexiones sobre el ciclo vital, suscitadas en el contacto de la historia de vida, son de uso más plausible en el presente: cómo ve el ego ahora cierta transición pasada, presente o futura; pero no debe creerse por ello que sólo sea plausible en el presente. Suscitar recuerdos sobre la estructuración de sucesos o transiciones en la vida del ego no debiera ofrecer más, ni menos, dificultades que las habituales preguntas referidas a las motivaciones pasadas.

La búsqueda de estos tres principios organizadores del ciclo, dentro de la historia de vida, confronta un serio problema metodológico: todos ellos están presentes siempre en el testimonio del ego. Es la tarea del investigador provocar y luego analizar dicho testimonio con suma conciencia de cuál o cuáles de aquellos principios constituyen el dato. Algunos ejemplos pueden servir para aclarar el problema.

Tomemos primero un tema clásico en el análisis del ciclo vital, sobre todo desde la perspectiva de la movilidad ocupacional: la transición entre escuela y trabajo. Cuando ocurre esta transición y cuán nítida es, constituyen dos preguntas clásicas que, entre otras formas, han sido encaradas mediante el uso de historias de vida. Dentro de una cierta cohorte, hay edades típicas para dejar la escuela y comenzar a trabajar, que varían entre clases y dentro de ellas según sexo, normalmente con un período entre un suceso y el otro; además aparecen vías típicas de entrada en el mercado de trabajo y a veces una alta rotación entre empleos durante los primeros años, fenómenos nuevamente variables dentro de la misma cohorte según clase, sexo, residencia, etc. El primer tipo de preguntas que uno puede hacerse sobre la transición entre escuela y trabajo, entonces, se refiere a la distribución de experiencias "objetivas": ¿qué porcentaje de la cohorte va a la escuela a la edad X, o a qué edad dejó la escuela más de cierto porcentaje de la cohorte? ¿Cuántos comenzaron a trabajar a la edad X o a qué edad trabajaba la mayoría? ¿En qué porcentaje de casos hubo superposición de trabajo y escuela a la edad X, o cuál fue el período de espera para entrar en el mercado de trabajo para los que dejaron la escuela a dicha edad? ¿Cuántos empleos tuvieron en los primeros cinco años después de entrar en el mercado de trabajo aquellos que entraron a la edad X comparados

con los que entraron en la edad X más 5? Responder estas preguntas para distintos estratos o subgrupos de la cohorte es una forma clásica de estudiar la organización del ciclo vital en una transición de universal importancia en las sociedades contemporáneas. Las variaciones en el ciclo, a su vez, son explicadas por variables de origen socio-económico, sexo, lugar de residencia, etc., infiriendo a partir de ellas presiones sociales, barreras económicas, estructura de oportunidades, que incidirían en la regulación del ciclo vital de los jóvenes en un contexto histórico dado.

Una segunda forma de encarar el problema de la transición entre escuela y trabajo implica obtener, de parte del sujeto, no sólo el relato de su posición año a año sino también el de los códigos culturales que definen, en su grupo y en ese momento, las posiciones en el ciclo y las secuencias. ¿Cuál era efectivamente la edad en que se esperaba que el joven comenzara a obtener un ingreso propio? ¿Qué vigencia tenían normas legales —sobre escolaridad obligatoria o trabajo infantil— en ese contexto? ¿Cuán abrupto era el pasaje de escuela a trabajo y qué importancia tenía en la definición del status en la familia, el grupo de pares, etc.? Ninguna de estas preguntas admite respuestas directas por parte del ego sino que, necesariamente, las respuestas que este da son tratadas como un informe sujeto a evaluación, un dato cultural entre otros, que en su conjunto (más que individualmente) sirven para dar sentido a formas típicas del ciclo vital.

Una tercera posibilidad consiste en provocar el recuerdo de la transición en el ciclo tal como fue percibida por el actor en aquel momento o, alternativamente, tal como es vista en la actualidad. Se pregunta sobre las perspectivas y planes del sujeto y el cambio percibido en su status (relaciones en la familia, grupos de pares, etc.) vinculado a dicha transición; cuál era, en otras palabras, el significado de la transición entre escuela y trabajo en términos tanto contemporáneos como de proyecto de vida? El supuesto detrás de estas preguntas es que, en cada momento de transición, el sujeto realiza una construcción de su ciclo y ubica sus experiencias dentro del marco de la misma. En el caso del ejemplo, esto implica una imagen más o menos nítida de la vinculación entre salida de la escuela y entrada al mundo del trabajo, aunque ella no coincida con las probabilidades "objetivas".

Como ya dijimos, estos cálculos son más realistas cuando están hechos desde el presente (aunque sean sobre el pasado). Tomemos otro ejemplo para reconsiderar las características de los enfoques alternativos del ciclo vital en las historias de vida: el retiro de la vida

activa. Este puede ser, visto como un hecho objetivo (la edad a la cual hombres y mujeres dejan de trabajar, o pasar a una situación de retiro parcial, con menos horas de trabajo o con ocupaciones esporádicas), influido por situaciones del mercado de trabajo, regulaciones oficiales, planes de seguridad social, etc., así como por características individuales y familiares. Entre los cuestionados en Monterrey, aunque ninguno tenía más de sesenta años, la situación de retiro pasaba a ser común, tanto por enfermedad como en forma alternativa al desempleo o subempleo, en los estratos bajos. Pero, ¿cómo aparecía la alternativa del retiro temprano, en distintos estratos, dentro del marco de expectativas? ¿Cuál era, en ese sentido, la definición social de la edad activa? Esta definición, variable entre grupos y estratos, es un elemento adicional a la capacidad de trabajo o la probabilidad de obtener empleo en la transición al retiro de la vida activa. También, en tanto definición social que marca probabilidades de vida esperadas por miembros de cierto grupo, incide en la construcción del ciclo de cohortes más jóvenes. La concepción del ciclo, en este sentido, aparece como causa eficiente en la construcción del mismo, aunque no necesariamente en la misma dirección: la universalización de la seguridad social, al igual que las dudas sobre su efectividad (provocadas por la alta inflación, por ejemplo) guían decisiones sobre el presente de muy diverso signo para distintas cohortes y clases sociales. La construcción del ciclo esperado, en otras palabras, es tanto un elemento normativo como estructurador de los arreglos del presente.

Un área sustantiva en la que actualmente trabajamos es en la creciente regulación externa del ciclo vital en la clase obrera por la vía de la organización pública de la reproducción (en contraposición a aquella que deriva de la organización de la producción). Es relativamente sencillo puntualizar algunos mecanismos de regulación implicados en la expansión del sector público en la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo. El ciclo vital de la familia obrera y los individuos que la componen resulta pautado por regulaciones sobre escolaridad, cobertura del seguro médico, seguridad social, planes de vivienda, etc., a veces de forma abierta y a menudo implícitamente. El "welfare state", donde y cuando se ha expandido, ha creado expectativas más estructuradas y probabilidades más predecibles sobre el curso vital. Pero en muchos casos esta expansión es sumamente deficiente y en muchos otros las probabilidades se han vuelto inciertas con la reducción violenta en los programas sociales. En cualquiera de estos casos, las historias de vida pueden servir para rastrear las huellas "objetivas" de este movimiento

expansivo o sus retracciones sobre el ciclo vital pasado de ciertos grupos o cohortes; pero mucho más relevante parece ser dicha técnica para aprehender las formas en que aquellos mecanismos de regulación son traducidos a la práctica cotidiana de la clase obrera.

¿Qué efectos tuvo y tiene, en la Argentina, la oscilación periódica entre políticas populistas y políticas restrictivas en materia de provisión de servicios? Sería poco útil buscar efectos en la edad promedio al matrimonio, los períodos intergeneracionales, las entradas y salidas del mercado de trabajo y la composición del grupo de residencia, por ejemplo, sin aprender algo más sobre las alteraciones en la normatividad del ciclo y en la interpretación de dichas políticas por los actores para sus propias vidas. ¿Cómo fue vista, por ejemplo, la política de control de alquileres urbanos —que favorecía a los que entonces alquilaban pero limitaba el acceso a los que todavía no lo hacían— y su posterior liberación? ¿En qué formas las regulaciones sobre acceso a beneficios médicos (para jubilados o en casos de maternidad, por ejemplo) se introducen como reguladores importantes del ciclo familiar? En uno u otro caso, los efectos sobre las personas y las familias ocurren en función del momento del ciclo en que se encuentran. Además, las alteraciones en las condiciones externas, presentes y esperables para el futuro, resultan en elementos estructuradores del ciclo vital actual, mediadas por las percepciones y los significados que a ellas le atribuyen las personas.

Esta forma de utilizar historias de vida, entonces, va mucho más allá de la reconstrucción de la historia de un agregado social como sujeto pasivo de un torbellino de cambios, en las probabilidades de vida, que derivan de la estructura en la que se encuentra insertado. Los miembros de dicho agregado, aunque quizás no "hagan la historia" salvo en forma indirecta, o en sus apariciones esporádicas en la arena política, hacen su historia con los elementos que en gran medida les son dados. En este proceso encontramos la sustancia de la interacción entre biografía personal, estructura social e historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARON, PIERRE, 1962. *Centuries of Childhood: a Social History of Family Life*. Nueva York, Vintage.
- BALÁN, JORGE, HARLEY L. BROWNING y ELIZABETH JOAN, 1973. *Men in a Developing Society: Geographic and Social Mobility in Morelos, México*. Austin, University of Texas Press.
- BALÁN, JORGE et al., 1974. *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- BECKER, GARY S., 1976. *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago, University of Chicago Press.
- BERTALE, DANIE. e ISABELLE BERTALE, 1977. *Mémoires autobiographiques et mémoire collective*. Trabajo presentado al Coloquio sobre "La Memoria Colectiva Ovidera". México.
- BICHARD, PIERRE, 1977. "Symbolic Power", en Dennis Gleason (ed.) *Identity and Structure: Issues in the Sociology of Education*. Dordrecht, Inglaterra, Refferica.
- BIRCH, THOMAS, LAIS FAYDE LINA y VALDEMAR F. LOPES (eds.), 1976. *La familia como unidad de estudio demográfico*. San José, Costa Rica, CE-LADE.
- BLISS, GLEN H., JR., 1974. *Children of the Great Depression*. Chicago, University of Chicago Press.
- BLISS, GLEN H., JR. y RICHARD C. ROCKWELL, 1978. *Historical Times in Lives: the Impact of a Depressive Hardship on Men's Lives and Values*. México.
- EDMOND, ERIC H., 1962. *Young Men Luther: a Study in Psychoanalysis and History*. Nueva York, Norton.
- GLUCK, PAUL C., 1947. "The Family Cycle". *American Sociological Review*, 12: 164-174.
- GLUCK, PAUL C., 1977. "Updating the Life Cycle of the Family", *Journal of Marriage and the Family*, 39:5-13.
- GOELMANN, LUCIEN, 1932. *Sciences humaines et philosophie*. Paris, Presses Universitaires de France (Versión castellana: *Las ciencias humanas y la filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970).
- GUÉZEN, GILBERT, 1950. *La occasion actuelle de la sociologie*. Paris, Presses Universitaires de France.

- HARVEY, TAMARA K. (ed.), 1977. *Family and kin in urban communities, 1700-1900*. Nueva York, New Viewpoints.
- HARVEY, TAMARA K. (ed.), 1978. *Transition: the Family and the Life Course in Historical Perspective*. Nueva York, Academic Press.
- HILL, IRVING, 1964. "Methodological Issues in Family Development Research", *Family Process*, 3:188-206.
- JELIN, ELIZABETH, 1976. *El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de historias de vida a partir de la experiencia de Monterrey*. Buenos Aires, CIEDES, Estudios Sociales, N° 1.
- JELIN, ELIZABETH, 1979. Unidad doméstica y nivel de vida en los estratos populares urbanos. Buenos Aires, CIEDES, México.
- LANIGAN, L. L., 1965. *The Life History in Anthropological Science*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- LEWIS, OSCAR, 1959. *Fita familiar: Mexican case studies in the culture of poverty*. Nueva York, Basic Books. (Versión castellana: *Antropología de la pobreza: Cines familiar*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961).
- LEWIS, OSCAR, 1961. *The Children of Sanchez*. Nueva York, Random House. (Versión castellana, *Los hijos de Sánchez*. México, Joaquín Mortiz, 1966).
- LEWIS, OSCAR, 1964. *Peño Martínez*. Nueva York, Random House. (Versión castellana, *Peño Martínez: Un campesino mexicano y su familia*, México, Joaquín Mortiz, 1966).
- LEWIS, CYNTHIA B. (ed.), 1975. *Sex, Discrimination and the Division of Labor*. Nueva York, Columbia University Press.
- MARGAL, JUAN F., 1969. *Hacia la América: Autobiografía de un integrante español en la Argentina*. Buenos Aires, Instituto de Tella.
- MILLS, C. WRIGHT, 1959. *The sociological imagination*. Nueva York, Oxford University Press. (Versión castellana, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961).
- PIRENEUSI, ADAM, 1977. Sociological Theory and the Study of Population: Reflections on the Work of the CLACSO Commission on Population. México.
- RAPP, RAYNA et al., 1979. "Examining Family History", *Feminist Studies*, v. 5, N° 1.
- RYDER, NORMAN, 1965. "The Cohort as a Concept in the Study of Social Change". *American Sociological Review*, 30:841-861.
- SANCY MARTIN, MONIQUE, 1980. Hábitos de clase e estrategias de reproducción. Trabajo presentado a la Cuarta Reunión del Grupo de Trabajo sobre Problemas de Reproducción de la Población de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO, Teresopolis.
- SHAW, CLIFFORD B., 1930. *The Jack-Roller: A delinquent boy's own story*. Chicago, University of Chicago Press.
- SOMERIN, FREDRIK, 1956. *Fads and fables in modern sociology*. Chicago, Henry Regnery.

- THOMAS, WILLIAM I. y FLORIAN ZNANIECKI, 1918. *The Polish peasant in Europe and America*. Boston, Gorham Press.
- TELLY, LOUISE A. y JOAN W. SCOTT, 1978. *Women, Work and Family*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- WILKIE, JAMES W., 1973. *Enfance*. Los Angeles, University of California, Latin American Center.